

Moderno 96
junio

La unión espiritual de la América Latina

PARA la mirada europea, toda la América española es una sola entidad, una sola imagen, un solo valor. La distancia desvanece límites políticos, disimilitudes geográficas, grados diversos de organización y de cultura, y deja subsistente un simple contorno, una única idea: la idea de una América que procede históricamente de España y que habla en el idioma español. Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso induce a falsas generalizaciones, a enormes errores de lugar, a juicios de que no aprovechan, por cierto, las mejores entre nuestras repúblicas, tiene sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero, a un hecho fundamental y trascendente, que acaso los hispano-americanos no sentimos todavía en toda su fuerza y toda su eficacia: el hecho fundamental de que

somos esencialmente "unos"; de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas, en que es fácil reparar de cerca, y de que lo seremos aún más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política.

Es interesante observar cómo se transmite esa sugestión de la distancia, a los americanos que viven en Europa. Yo tuve siempre una idea muy clara y muy apasionada de la fuerza natural que nos lleva a participar de un solo y grande patriotismo; pero aun en los americanos originalmente más devotos de las estrecheces del terruño, de las hosquedades del patriotismo "nacional", compruébase a cada instante en Europa que la perspectiva de la ausencia y el contacto con el juicio europeo avivan la noción de la unidad continental, ensanchan el horizonte de la idea de patria y anticipan modos de ver y de sentir, que serán en no lejano tiempo, la forma vulgar del sentimiento americano. Veis cómo el corazón argentino se abre, con solícito afán, a los infortunios de México; cómo el crio-

llo de Colombia o de Cuba hablan con orgullo patriótico de la grandeza y prosperidad de Buenos Aires; cómo el montañés de Chile reconoce en los llanos de Venezuela y en las selvas del Paraguay voces que tienen consonancia dentro de su espíritu. Los recuerdos o los problemas vivos y actuales que, entre algunos de nuestros pueblos, pueden ser causa de recelo y desvío, se depuran, en el americano que ha pasado el mar, y manifiestan transparentemente el fondo perdurable de instintiva armonía y de interés solidario.

La comprobación de este sentimiento en los americanos a quienes he tratado en Europa me parece el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año, con mis filiales votos de amor, a mis dulces tierras de Occidente. Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispano-americano; propender a arraigar en la concien-

cia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al discutir la historia y difundirla; o en las orientaciones del presente, —política internacional, espíritu de la educación, —tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla será infalible y eficiente verdad.

En este maravilloso suelo de Italia, donde los ojos leen cómo la unidad de una tradición y de un espíritu, aunque largos siglos parezcan negarle fuerza ejecutiva, concluye por encarnar en realidad inmovible, me he dicho infinitas veces que, si aún está para nosotros lejana la hora de una afirmación política de nuestra unidad, nada hay que pueda demorar el boceto ideal de ese cuadro futuro, la aproximación de las inteligencias y la armonía de las voluntades. Y he pensado en la juventud, como siempre que pasa por la mente una idea de esperanza y

de gloria, y me he preguntado por qué de sus periódicos Congresos de Estudiantes no nacería, con la cooperación de los Estados, una fiesta aún más amplia, aún más significativa; la Panateñas de nuestra liga espiritual; un 25 de Mayo o un 12 de Octubre celebrados de modo que fuesen continentalmente el ágape de la amistad americana, y congregasen a los enviados de las diez y siete repúblicas, en junta cultural donde se delinease poco a poco el hábito de deliberaciones más eficaces y de lazos más firmes.

Otro sentimiento despierta dentro del corazón americano la influencia de Europa, y es la profunda fe en nuestros destinos, el orgullo criollo, la tonificante energía de nuestra conciencia social. Despierta este sentimiento porque a comparación con la obra de los siglos, sien muchísimas cosas certifica la natural inferioridad de nuestra infancia, da su justo valor al esfuerzo que ha permitido levantar del suelo generoso, entre las convulsiones y las fiebres de nuestra formación política, ciudades como Buenos Aires, como Santiago, como Montevi-

deo. Lo despierta, además, porque en esta tierra de Europa la historia habla en cada palmo con palabras de piedra, evocadoras de recuerdos y ejemplos infinitos, y las palabras de la historia son la mejor excusación de nuestras inexperiencias y de nuestros errores: el más palmario testimonio del fondo "humano" de nuestros devaneos; la más reparadora explicación de las turbulencias juveniles que vanas filosofías atribuyeran a incapacidades del medio o de la raza. Y despierta, finalmente, aquel sentimiento, porque los tesoros y prodigio de esta civilización creadora, en arte, en ciencia, en ideas sociales, estimulan y engrandecen el anhelo de nuestro porvenir, supuesto que la fuerza virtual existe con la heredada energía y sólo falta el seguro auxilio del tiempo.

Esto pensaba al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina estirpe. El sol de una suavísima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta naturaleza. La guerrera imagen de Roma presidía, allá en el fondo, con gesto maternal y

augusto. El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder. Sobre las balaustradas de la plaza, los trofeos de Mario. Más allá la estatua de Rienzi, del "último tribuno", diseñando su ademán oratorio sobre los jardines donde juegan en bandadas los niños. Y me acerqué a la jaula de la loba que mantiene, allí donde fué la madriguera de Rómulo, el símbolo de la tradición inmensa en tiempo y en gloria; y la ví revolviéndose entre los hierros que la estrechan. Y me parecía como si, en su presagiosa inquietud, la nodriza de la raza mirase a donde el sol se pone y buscara, de ese lado del mundo, nueva libertad y nuevo espacio.

JOSE ENRIQUE RODO.

Roma, diciembre de 1916.

Levantado yá el preinserto artículo, se recibió en Costa Rica la tan dolorosa cuanto infausta nueva de la muerte de su autor, acaecida en Roma el 3 de mayo último. ¡Cuándo íbamos a imaginar, al dar a las cajas ese artículo, que yá el ilustre escritor uruguayo no existía; que yá la causa de la

América nuestra había perdido uno de sus más nobles y activos batalladores!

Si la muerte de José Enrique Rodó deja en las letras castellanas un gran vacío, para la América Hispana entraña una pérdida inmensa, que con justicia ha contristado los ánimos.

Continuamente laboró Rodó por la unificación de estos pueblos para que, surgiendo en un alma común, entren por la senda que ha de llevarlos al porvenir grandioso que les está reservado; continuamente tuvo la visión de que en el suelo de esta América es en donde la Libertad y el Derecho habrán de venir a posarse majestuosamente, ofreciendo a la humanidad un campo exento de los males que aquejan al antiguo mundo. Y en esa tendencia trabajó con todo el poder de su vigorosa mentalidad y con todo el calor de su corazón, dando a la juventud americana, con altitud de miras y profundidad de pensamiento, las orientaciones que debe seguir en la hora actual.

No es, pues, el Uruguay tan sólo el que ha perdido a su orientador patriota y sabio: es la América toda, que tenía en él uno de sus más nobles guías. No es únicamente la juventud uruguaya la que se halla hoy entristecida por la pérdida de su maestro: es la de la América entera la que se siente en orfandad y llora la desaparición del apóstol.

Mas quedan a esa juventud, como legado valioso del egregio varón que tan prematuramente acaba de perder, las doctrinas asentadas en sus libros, especialmente en su ARIEL,—cuya obra inspiró el título de esta revista,—y en general en todas las producciones de su numen, de las cuales bien puede decirse que no hay una sola que no encierre una noble enseñanza.

Y le queda a la juventud americana a quien él tanto amó, esa bella exhortación que le dirigiera afectuosamente, esa última lección que le dictara desde aquella Roma al recuerdo de cuyas grandezas sentía el corazón henchido de entusiasmo, soñando para su América una gloria semejante a la de los gloriosos tiempos de los tribunos y de los patricios romanos; desde aquella Roma, ¡ay!, bajo cuyo hermoso cielo debía él, pocos días después, reclinar para siempre la cabeza.

Sí, la juventud de América debe recoger y grabar en su corazón las siguientes palabras del artículo de Rodó que hemos reproducido:

“Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción mas fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispano-americano, propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al discutir la historia y difundirla; o en las orientaciones del presente,—política internacional, espíritu de la educación,—tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad.”

Roma

De todos los lugares del mundo es Roma donde probablemente se ha acumulado durante veinte siglos mayor número de cosas bellas que subsisten todavía.

Nada es creación suya si se exceptúa un espíritu de grandeza y ordenamiento de lo bello; pero los más grandiosos monumentos de la tierra se han fijado allí y se han prolongado con tal energía que han dejado huellas innumerables e imperecederas. Al no más pisar su suelo, se pisa la huella mutilada de la diosa que ya no se muestra a los hombres.

La Naturaleza la había situado admirablemente en el lugar más propicio para recoger, — como en la más noble copa que se haya abierto bajo el cielo, — las joyas de los pueblos que pasan a su alrededor sobre las cimas de la Historia. El sitio en que cayeron tantas maravillas era ya igual a esas mismas maravillas. Allí el azul es límpido y suntuoso. Las oscuras y profundas verduras del Norte se unen a los ligeros y claros follajes del Mediodía. Los árboles más puros, el ciprés que se

levanta como una oración sombría y ardiente, el pino que parece el más grave y armonioso pensamiento de la selva, el verde y macizo roble que da a los pórticos tanta gracia, han adquirido por tradición secular, un orgullo, una conciencia y una solemnidad que ellos no encuentran en ninguna otra parte. Quien los ha visto y comprendido no los olvidará jamás y fácilmente los reconocería entre los árboles análogos de la tierra menos sagrada. Fueron ornamentos y testigos de cosas incomparables. Ellos no se separan de los diversos acueductos, de los mausoleos descoronados, de los arcos rajados, de las columnas heroicamente rotas que decoran una campiña majestuosa y desolada. Han tomado el estilo de los mármoles eternos, a los que rodean de respetuoso silencio. Como éstos, saben ellos decirnos con dos o tres líneas netas y sin embargo misteriosas, todo lo que puede revelarnos la tristeza de una llanura que lleva sin doblegarse las ruinas de su gloria.

Esos árboles son y se sienten romanos.

Un círculo de montañas de nombres sonoros y augustamente familiares, de cimas cargadas de nieves que brillan tanto como los recuerdos que evocan, forma a la inmortal ciudad un horizonte preciso y grandioso que la separa del mundo sin aislarla de los cielos. Y en este recinto casi desierto, en el centro de los sitios inanimados donde las losas, los pór-

ticos multiplicando el espacio y la ausencia, en todas las encrucijadas donde vela en el vacío alguna estatua herida, en los estanques, los capiteles, los tritones y las ninfas, una agua dócil y luminosa, obedeciendo todavía órdenes recibidas hace dos mil años, forma a la immaculada soledad un adorno movible y siempre fresco de penachos de azur, de guirnaldas de rocío, de trofeos de cristal, de coronas de perlas. Se diría que el Tiempo, entre estos monumentos que creyeron desafiarle, no ha querido respetar sino las horas frágiles de lo que se evapora y se derrama.

Tan largo tiempo ha residido la belleza entre estos muros que van del Janículo al Esquilino, con tal persistencia ahí se ha acumulado, que el lugar mismo, el aire que en él se respira, el cielo que lo cubre, las curvas que lo perfilan, han adquirido un prodigioso poder de apropiación y de ennoblecimiento. Roma, como una especie de hoguera espiritual, purifica todo lo que desde hace siglos han amontonado los errores, los caprichos, la extravagancia y la ignorancia de los hombres. Hasta hoy no ha sido posible desfigurarla. Se creería que ha sido imposible ejecutar o mantener allí una obra que rehusase despojarla de su fealdad o de su vulgaridad original. Todo lo que no está conforme con el estilo de las siete colinas, desaparece y se elimina poco a poco bajo la acción del genio atento que

ha colocado en los horizontes, en la roca y el mármol de las alturas, los principios estéticos de la ciudad. La Edad Media, por ejemplo, y el arte de los primitivos habitantes debieron ser allí más activos que en ninguna otra parte, pues se encontraban en el corazón mismo del universo cristiano; sin embargo, no han dejado sino trazas poco sensibles y subterráneas, lo que fué en verdad preciso para que la historia del mundo, de la cual ese era el lugar, no quedase incompleta. Lo contrario pasó con los artistas cuyo espíritu estaba naturalmente en armonía con el que preside a los destinos de la Ciudad Eterna; Jules Romain, los Carrache y algunos otros, pero sobre todo Rafael y Miguel Angel, manifiestan una amplitud, una certeza, una especie de instintiva satisfacción y de filial alegría que no encuentran en ningún otro lugar. Se ve que esos artistas no tenían que crear sino solamente escoger y fijar las formas que al afluir de todas partes, irrelatadas, pero imperiosas, no pedían más que nacer. Y ellos no se engañaron: no pintaban, en el propio sentido de la palabra, sino que descubrían simplemente las imágenes veladas que poblaban la salas y las arcadas de los palacios. La relación entre el arte de ellos y el medio que le da vida, es tan necesaria, que desterradas a los museos o a las iglesias de otras ciudades, sus obras no pare-

cen sino traducir una concepción arbitraria, exageradamente fuerte y decorativa de la vida. Es por esto que las fotografías o las copias del plafond de la Capilla Sixtina desconciertan un poco y tienen algo de inexplicable. Pero si el viajero entra al Vaticano después de haberse impregnado de la voluntad que emana de los mil vestigios de Roma, entonces considera como un esfuerzo magnífico, pero natural, el enorme esfuerzo de Miguel Angel. La prodigiosa bóveda, donde en grande y armoniosa orgía de fuerza y entusiasmo se enlaza y acumula un pueblo de gigantes, viene a ser como un arco del mismo cielo, donde se han reflejado todas las escenas desenfrenadas, todas las poderosas virtudes cuyos recuerdos se agitan todavía bajo las ruinas de este suelo apasionado.

No, si el viajero dócilmente se ha dejado sugestionar bajo todo lo que le rodea, se imagina que en estas habitaciones del Vaticano, así como bajo la bóveda de la Sixtina, por diferentes que sean ambas impresiones, asiste a la dilatación tardía pero lógica y natural de un arte que habría podido ser el de Roma. Le parecerá que se encuentra aquí la fórmula que el genio demasiado positivo de los Quirites no había tenido la ocasión o la suerte de deducir. Pues Roma, a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado dar de ella misma la imagen esencial que había prometido al U-

niverso. En el fondo se embellecía con los despojos de la Grecia, y el mejor de sus méritos fué el de haber recogido y comprendido ávidamente la belleza del arte griego. Cuando intentó agregar algo lo deformó sin apropiarse la expresión de ese arte a su vida personal. Sus pinturas y esculturas no respondían sino a una especie, como si dijéramos, de decires o rumores a las realidades de su propia existencia, y su arquitectura debía a sus colosales proporciones la parte más segura de una originalidad incierta. Se llega a considerar que el armonioso pintor Urbino y el viejo Buonarroti, a través de todas las catástrofes, a través de todas las muertes aparentes y los largos silencios de Roma, han recogido una tradición latente e ininterrumpida que no había cesado de evolucionar subterráneamente, para coronar su obra y decir por fin al mundo lo que no había podido decirle el Imperio. Tales artistas son más propiamente romanos y parece que son admirables exponentes del deseo inconsciente y secreto de esta tierra latina que no lo fué la Roma de los Césares.

Esta Roma había impreso su imagen. Permaneció artificialmente helénica y la Grecia no podía ofrecer a un pueblo más vasto y muy distinto las formas necesarias para su conciencia ornamental. Ella no podía ser más que un seguro y magnífico punto de partida; pero sus estatuas y sus pinturas, delicadas,

preciosas, medidas, casi tenues, no tenían una plaza apropiada en este Forum recargado de aplastantes monumentos, entre estas termas monstruosas, estos circos violentos y bajo las enormes y suntuosas arcadas de esas basílicas superpuestas. Nos preguntamos entonces si los frescos de Miguel Angel no habrán respondido después de mil años de espera, al llamamiento de esas arcadas vacías, y si no será el caso de creer que dichos frescos son la consecuencia casi orgánica de esas columnas y de esos mármoles imperiales. Asimismo se considera que el plafond, las perchinas y *El Incendio del Borgo* ilustrarían,—mucho más que las esculturas de Fidias y de Praxiteles, y mucho más también que las excelentes pinturas de Pompeya o de Herculano,—las Metamorfosis de Ovidio, los poemas de Horacio y la Eneida de Virgilio.

MAURICIO MAETERLINCK

Cada país, como cada individuo, de lo que más debe cuidar es de conservar la integridad de su carácter moral y los rasgos distintivos de su personalidad.

ANIBAL GALINDO

El verdadero Rubén Darío

Mi amigo el doctor: un doctor sajón, culto, simpático, naturalizado mejicano; que escribe el español como yo quisiera escribir el alemán o el inglés, debía permanecer en Madrid algunos días y deseaba conocer escritores célebres (o celebrados). Sus simpatías llevábanle de preferencia a un literato hispano-americano recién venido a la corte y por él empezó la serie de sus visitas, que fueron muchas.

De cada una de estas entrevistas con los "maestros", jóvenes o viejos, volvía empero mi amigo el doctor—cuya ingenuidad de hombre del norte es laudable por todos conceptos—profundamente decepcionado.

¿Cómo era posible que tal autor que decía cosas tan bellas en tan elegante estilo, vistiese tan mal, tuviese un tipo tan vulgar, usase unas sortijas tan vistosas?

¿Cómo era posible que tal otro—poeta—cuyos versos parecían robados a la propia armonía de las esferas, hablase groseramente de cosas tan bajas, con una tendencia escatológica lamentable, con una coprolalia infecta?

¡Et sic de cæteris!

Al oír estas cándidas exclamaciones, recordé un caso de otro ingenuo mejicano, por mí muy querido, y fué el siguiente:

Mi amigo recitaba, matizándolas extraordinariamente, ciertas composiciones de nuestro Rubén Darío, que le valieron algunos éxitos en salones aristocráticos, en corros de señoritas sentimentales, de esas que llevan en la sangre la gota azul de un blando y alado lirismo.

Al llegar a París, mi amigo supo que Darío residía allí desde meses atrás y me rogó que lo presentase al gran poeta.

—Justamente esta tarde—le respondí—Rubén vendrá a buscarme al café Tal, a tal hora. Procura encontrarte allí.

Mi amigo fué, naturalmente puntual a la cita y también lo fué el poeta.

Hice las presentaciones y el mejicano—que andando el tiempo había de ser uno de los más entrañables amigos de Darío—quedóse mudo como un muerto. En su fisonomía cristalina leíase la más profunda estupefacción:

—¡Aquel era Rubén!

Como Darío, por su parte, no despegaba los labios apenas, según su simpática costumbre, y los tres no nos conocíamos aún lo bastante para callar juntos largo tiempo, yo hablé un poco, tendiendo un leve puente entre aquellas dos almas y así transcurrió la trivial entrevista.

Al día siguiente mi amigo vino a verme y me dijo:

A mí "no me la das": ese señor no es Rubén Darío.

Y no se convenció de la identidad sino días más tarde, cuando no le quedó otro remedio.

* * *

¿Por qué?

Era fácil adivinarlo: Rubén no era ni más guapo ni más feo que cualquier otro. Su alta estatura le favorecía. La barba—entonces la usaba—dábale cierta suavidad de perfil. Se parecía además a Verlaine. Como el pauvre Lelian recordaba lejanamente los mármoles socráticos... Pero mi amigo había soñado con un Lohengrín: no ese Lohengrín ridículo que suelen caricaturizar los cantantes wagnerianos, sino el Lohengrín ideal, del alma, de esbeltez y de rostro de lirio; de melena de oro, de ojos en que blandamente radia una azulada castidad.

Y, claro, Rubén no era así, como no era Zorrilla el caballero romántico de belleza donjuanesca, que imaginaban encontrar en sus visitas al poeta las mujeres soñadoras de España.

Pero... cabía un razonamiento que levantase la entumida ilusión de mi amigo el de entonces y que podrá confortar asimismo a

mi amigo actual, el desilusionado doctor sajón. Y este razonamiento yo se lo he dado al segundo, con mi afán de explicarlo todo:

—Amigo mío, le he dicho, los poetas, los artistas y los literatos que nos imaginamos, “son más reales” que los que vamos a visitar. Nos los imaginamos de acuerdo con su obra, ñe acuerdo con sus ideas, y así es como existen de hecho, en un mundo superior invisible. Las ideas y los sentimientos de un hombre constituyen el hombre verdadero, y este hombre incomparablemente bello—si sus ideas y sentimientos lo son—vive en un plano inaccesible, en una dimensión que está fuera de las tres conocidas. El poeta, hermoso como un dios, fulgura, glorificado, en medio de sus símbolos y sus creaciones geniales, más allá de nuestras perspectivas sensibles.

Rubén Darío, el Rubén real, era más bello aún de como lo imaginaba mi desencantado amigo: “Es más bello aún”, mejor dicho; pues su verdadera personalidad subsiste fuera de las formas y modalidades pasajeras que condicionaron su inmersión en el tiempo y el espacio. El Rubén que mi amigo vió, como los poetas y escritores que usted pretende haber visto, no existía en realidad: era un conjunto de órganos efímeros, destinados a diversos menesteres, y que permitían que el divino poeta “se manifestase” en este plano de la relatividad, capacitando a su ser para afrontar

el ambiente espeso y deletéreo de un planeta inferior.

Sus vidas vegetativa, sensitiva e intelectual, eran como aquellos trípodes de hechura misteriosa que permitían a los marcianos del cuento de Wells andar por la tierra, contrarrestando la gravedad; ellos que venían de un planeta casi ingrávido...

En Rubén Darío, además del poeta, había, como en todos, el señor que come, que bebe, que anda, y que hace otros oficios; pero en la torrecilla soportada por el trípode ("torres de Dios, ¡poetas!") como los marcianos del cuento en las suyas, estaba de paso el verdadero Rubén, y ése podía competir en belleza con todos los Galaores y Lohengrines.

¿Por qué, pues, ir a visitar a esos señores en los cuales "mora a ratos" el poeta o el artista como una divinidad en un templucho cualquiera. Lea usted mejor sus versos; admire sus cuadros, sus esculturas... y no vaya. Corre el riesgo de verles mal vestidos, con sortijas en todos los dedos... Corre el riesgo de que le miren con desdén y le abrumen a pedanterías... Y después de haber sufrido la dolorosa promiscuidad del ser inferior, se convencerá usted de que no ha hablado el poeta (el cual es inaccesible), de que no ha conversado con el rey sino a lo sumo con la bota del rey (pues las botas suelen conversar y hasta reinar como aquella que dicen que Carlos XII

de Suecia, envió en su lugar para que rigiese los destinos de su pueblo, mientras él conquistaba reinos).

* * *

Bien sé que los "sabios" sonreirán si aciertan a pasar sus ojos por estas líneas; ellos que son los barajadores de apariencias, vacías como burbujas, y que, trastrocando los términos, llaman "realidad" a lo tangible, como el sargento del chascarrillo del sustantivo... "a too lo que se toca", pero la verdad está en el Reino de las Ideas y toda la crítica paciente y tozuda de los teutones acerca de Jesús, por ejemplo, no podrá jamás arrebatarse un solo rayo de su aureola divina: al contrario.

Ya puede la Exégesis, muy señora mía, escarbar en el hebreo y en el griego: el misterio del "mágico prodigioso" se irá agrandando.

Echadlo de Nazareth: llenará el mundo; echadlo de la historia; llenará el infinito.

* * *

Y así son los poetas, mi querido doctor: los verdaderos poetas. Y así son los grandes hombres, los que siguen siéndolo aun para su ayuda de cámara, si éste tiene dos dedos de pensamiento.

Ninguna vulgaridad, ninguna pequeñez, puede achicharrarlos. Parécense a las garzas

rosadas que hunden sus piernas en los charcos. Estas piernas largas, se afirman en el légamo... Pero allá, arriba, más alto que la superficie del agua, copiándose en ella, está el plumaje limpio y milagroso; y cuando la garza abre las alas, esconde las patas entre la santidad de las plumas y ya no se ve más que un ave mística de color de aurora, que se pierde en el infinito!

AMADO NERVO.

(*Las Nove lades*. Nueva York.)

A Rubén Darío.

La América está triste. En sus volcanes
con lágrimas de luz la nieve llora;
por la pampa desierta y gemidora
sollozan al pasar los huracanes.

El cisne de los líricos afanes
que en su regazo acarició la aurora,
ya no surca el azul, en triunfadora
marcha gentil, ensueño de titanes.

En su patria, cansado y dolorido,
cayó el gran cisne; su sepulcro cierra
un túmulo de rosas revestido.

Mas de la fosa que su cuerpo encierra,
brota luz, cual si hubiesen escondido
el cadáver de un Sol bajo la tierra!

ALFREDO GOMEZ JAIME.

340 — El progreso social y la educación escolar

Extracto de una conferencia dictada por el Inspector de Escuelas de la República de Panamá, don José D. Crespo, a los maestros de la capital de esa República, el día 9 de febrero último, en el salón de Actos del Conservatorio Nacional de música y Declamación.

Toda educación debe tener un fin social. Adaptar el individuo al grupo social a que pertenece, y capacitarlo para que, sin perder los caracteres distintivos de su personalidad individual, armonice en debida forma con las actividades de una comunidad social progresiva y tienda a empujarla en la ruta del progreso, en la medida que sus fuerzas y capacidades lo permitan, debe ser el fin social de la educación.



La tarea de regeneración social es necesariamente una tarea de educación, pues la educación es el instrumento en virtud del cual se perfecciona la naturaleza humana; y quien dice perfección individual dice también perfección social.

Pero la educación escolar hasta aquí nunca ha llenado satisfactoriamente las funciones sociales, que desde el principio se le confiaran. Encau-

zándose por vías completamente distintas a las que conducen al ideal que la inspirara, formalizó de tal suerte sus actividades que con el tiempo vino a hacer de la escuela una sociedad extraña y antagónica las más de las veces a aquella sociedad de donde había emanado. Olvidando las causas de su existencia, tres vinieron a ser las funciones de esta agencia tradicional de educación:

(a. Transmitir determinada clase de informaciones, por lo general ajenas a la vida que el aprendiz—no queremos llamarle educando—vefa agitarse a su alrededor. b). Seleccionar aquellos individuos capaces de someterse a la ardua tarea de ser informados de esta suerte. c). Repeler aquellos cuyas características mentales o físicas los hiciera incapaces para satisfacer tales exigencias.

El desperdicio de energías de tal sistema es evidente. Pero poco a poco, sin embargo, a medida que los progresos en las artes, en las ciencias y las industrias han ido cambiando la faz de la tierra y la naturaleza y funciones de las instituciones sociales, al par que el género de vida de los pueblos, la pedagogía moderna ha venido comprendiendo que la escuela hasta aquí no ha cumplido con su misión; y el empeño de hoy es hacerla cumplir.

La escuela moderna debe reflejar la sociedad cuyos intereses defiende y cuyos ideales pretende realizar; debe marcar los derroteros sociales y marchar a la cabeza del progreso. Sus funciones, en consecuencia, no son las de la escuela tradicional. La función instruccional de la antigua

escuela debe ampliarse hasta incluir todas las actividades sociales, cuya importancia lo requiere. No hay razón alguna por qué la escuela como institución se contente tan sólo con proporcionar al individuo los elementos de las ciencias y lo que se ha convenido en llamar los instrumentos del saber y nada más. Preciso es aceptar que, aunque más humildes y menos productivas algunas, toda labor útil es necesaria a la buena marcha de la sociedad y que es deber de la escuela, como sistema, velar por incluirla en la educación escolar; y he aquí por lo que siguiendo esta teoría se han abierto en la ciudad de Munich escuelas para carniceros, panaderos, zapateros, jardineros, tintoreros, litógrafos, etc., y por lo que las leyes de Illinois exigen en todas las escuelas un curso sobre el tratamiento humanitario de los animales. Los países más adelantados están, pues, en la actualidad introduciendo en el sistema escolar actividades que hace poco no hubiéramos ni soñado siquiera el considerarlas como educativas. Cuando el currículo de la escuela haya sido ampliado suficientemente, la función selectiva de ésta podrá ir acompañada de la función distributiva, por medio de la cual la escuela no sólo ofrece oportunidades de ejercicio a las diferentes actividades del individuo, sino que además ayuda al educando a describir en qué sentido está el centro de sus inclinaciones naturales y a *dedicarse a aquello para lo que más aptitudes posea*. Una preparación eficiente para entrar en las actividades de la vida social cada día en aumento, requiere una enseñanza tan vasta como la vida misma.

Desgraciadamente nuestra educación escolar dista mucho de este ideal moderno, por el método que se sigue en la enseñanza primaria y por el poco espíritu social del magisterio nacional.

En lugar de ser la escuela el laboratorio en donde se sintetizan y de donde se exporten para la sociedad los elementos de que ella carece para la adquisición de su perfección realizable, nuestra escuela constituye en sí una sociedad *sui generis* que en nada casi se relaciona con aquella sociedad real en que los educandos tendrán que vivir.

Una ligera ojeada al mundo de la realidad y otra no menos ligera al mundo de la escuela nos basta para darnos cuenta de la inmensa diferencia que existe entre el uno y el otro, pero para mayor abundamiento de pruebas, quiero detenerme a analizar ciertos conceptos que pongan en mayor relieve todavía la disparidad de relaciones entre el progreso social y la educación escolar.

Dolor profundo experimenta el corazón patriota al tener para el bien que reconocer, ya que es demasiado patente para que pueda escapársele, el contraste tan triste que en el continente americano ofrecen a la humanidad los Estados Unidos del Norte y los Estados desunidos del Centro y del Sur. Hemos llevado el individualismo al término extremo del egoísmo y procediendo así egoísticamente nos odiamos y envidiamos recíprocamente hasta el punto de no poder vivir en paz y armonía. Desconfiamos mutuamente los unos de los otros y desconocemos casi completamente el valor del esfuerzo común con finalidad común. El espíritu de asociación y

la virtud de cooperación brillan por su ausencia. Las sociedades y asociaciones, especialmente aquellas de fines culturales, se agostan y perecen en la atmósfera egotista en que nos encontramos sumergidos. Flores de un día, perecen en la cuna. La Asociación del Magisterio Nacional hoy día, no es más que un espectro agonizante. Las mismas compañías industriales y comerciales que han sido el eje del progreso en los países más avanzados del mundo, ya que capacitan a la sociedad para hacer colectivamente lo que ninguno de sus miembros puede hacer individualmente, son plantas que no se cultivan con espontaneidad en nuestras tierras, a no ser que las riegue el rocío fecundo de extranjeras energías o que las favorezca el Erario con erogaciones onerosas. Y qué hace la escuela para infundir ese espíritu de cooperación para el bien común en donde radica el verdadero patriotismo y en donde las verdaderas virtudes cívicas tienen su origen? En dónde están esas sociedades escolares que forman el encanto de la vida estudiantil de otros pueblos y que son a la vez verdaderos cursos de instrucción cívica? En dónde están esos clubs, que en miniatura reproducen la vida cooperativa de la sociedad y enseñan por consiguiente aunar los esfuerzos para fines comunes? En dónde están en nuestras escuelas esos juegos organizados que son la alegría de la escuela, que enseñan cívica práctica y democrática? En dónde están esas actividades escolares que enseñan a obedecer y a mandar, a escoger jefes no para satisfacer intereses particulares sino para favorecer los intereses de la comunidad o del grupo?

En dónde están esos juegos que desarrollan las iniciativas particulares e infunden en los educandos ese don de gentes especial, que tan grande influencia tiene en la vida, y que no puede aprenderse en el claustro escolar fuera del contacto con la gente, sino por medio del trato directo con las personas en los diferentes aspectos que la vida humana puede ofrecer? En dónde están los esfuerzos de la escuela por socializar sus enseñanzas?

Otra de las grandes enfermedades de que adolece nuestra sociedad es la falta de iniciativa. Podemos decir sin ofender nuestro decoro, que la falta de iniciativa, producto de la desconfianza en nosotros mismos, es la idiosincracia nacional.

Y no se crea que esta falta de iniciativa es un defecto de determinada clase social tan sólo. Desgraciadamente se extiende desde el acaudalado ciudadano que teme invertir su dinero para desarrollar las riquezas del país, hasta el más humilde carretero a quien no se le ocurre echar un puñado de arena en el hueco que se está formando en la carretera que el Gobierno ha construido con tantos sacrificios, y que próximamente este hueco, convertido en laguna inmensa y profunda por su negligencia y falta de iniciativa, será un obstáculo insuperable para su propio tráfico y por consiguiente para su propio sustento.

Y qué hace nuestra escuela para infundir en nuestros educandos ese espíritu de iniciativa, de acometividad, de empresa y persistencia, cualidades indispensables a los pueblos grandes y

fuertes por sus virtudes? En dónde están esas actividades escolares que estimulan al niño a investigar y a pensar por sí mismo? Pena causa el confesarlo, pero la iniciativa en nuestras escuelas brilla por su ausencia.

Para probar que mi pesimismo de apreciación no es exagerado, voy a referir lo que me contó la directora de una de las mejores escuelas primarias de la Capital y por consiguiente de la República. Con el objeto de ver hasta qué grado llegaba la falta de iniciativa en las niñas de su escuela, colocó, mientras las niñas se encontraban en el recreo, y sin ser vista por ninguna de ellas, una silla en la puerta de una de las aulas por donde las niñas tenían que pasar para entrar en ella. La silla estaba colocada de tal suerte que, sin cerrar completamente el paso, lo obstaculizaba notablemente y hacía patente de una manera enfática que, además de estorbar, la silla estaba en un lugar en que no le correspondía estar. Pues bien, todas las niñas pasaron por la puerta y, a pesar de las dificultades que la silla ofrecía al paso, a ninguna de ellas se le ocurrió que debía quitarla y dejar libre el paso para colocarla en su puesto. Otro hecho de la misma naturaleza pude yo mismo observar no hace mucho. Pasaba, para el recreo, una fila de niñas frente al pupitre en que me encontraba, y descuidadamente, sin darme yo mismo cuenta, dí con el pie al cesto de los papeles que se encontraba debajo del pupitre y el que, al recibir el golpe, se fué rodando y se colocó precisamente por donde las niñas estaban pasando. El espacio que mediaba entre las bancas y el pupitre era

pequeño y el cesto venía a ser un obstáculo tal que, o tenían las niñas que saltar por encima, o levantarlo y colocarlo en su lugar. Pues bien, cuatro de ellas saltaron por encima, y si la directora no les llama la atención, todas habrían hecho lo mismo. A ninguna se le ocurrió colocarlo en su sitio.

Estos hechos al parecer tan insignificantes tienen en realidad más importancia de lo que parece. Ellos revelan que la iniciativa y el espíritu de empresa es semilla que no se siembra en nuestras escuelas. Y ¿cómo podremos tener mañana ciudadanos emprendedores y perspicaces en los negocios si nuestras escuelas matan en sus comienzos la iniciativa individual en lugar de desarrollarla y cultivarla?

Pero si es cierto que la escuela no se preocupa por remediar los males sociales, la sociedad le paga a la escuela con moneda igual: tal para cual. Ni los padres o encargados de los niños ni los que no lo son, se preocupan por lo general un ardite por la marcha de la escuela.

Y, sin embargo, volviendo atrás, podemos preguntarnos: ¿De quién es la falta? ¿En dónde están en nuestras escuelas esas sociedades de padres de familia que deben reunirse en los planteles periódicamente bajo la dirección de los maestros para cruzar ideas, conocerse, educarse mutuamente y facilitar así las arduas labores de educar la niñez? ¿En dónde están esas conferencias a los padres de familia por los maestros e inspectores para enseñarles sus deberes y la manera de cumplir con ellos? ¿En dónde están las bibliotecas escolares circulantes que pongan

en las manos de padres y educandos, bajo los auspicios del maestro, libros útiles, instructivos e interesantes?

Pero preciso es reconocer que mientras la escuela no haga salir su influencia del círculo estrecho de la *vida escolar* del niño, no merece el calificativo de moderna.

La escuela moderna debe ser el centro que irradie progreso y bienestar para toda la comunidad. Los edificios escolares no deben ser tan sólo templos sagrados destinados al culto del libro, sino centros sociales para toda la comunidad.

Al analizar las causas de estas graves deficiencias de la educación escolar, he comprendido que son muchas y de muy compleja naturaleza. Pero en puridad de verdad, sin temor a equivocarme, puedo decir que la causa principal radica en la naturaleza del personal educando de las escuelas y por ende en la educación del mismo.

Si la tendencia educativa moderna es formar individuos socialmente eficientes, es decir, personas útiles a la sociedad en el desempeño de sus respectivos cometidos, la primera y más elemental condición tiene que ser, necesariamente, que el personal destinado a este fin educativo sea socialmente eficiente en el desempeño de sus propias funciones. Para que el maestro llene este requisito fundamental, es necesario que esté animado de un interés profundo por la sociedad en que se agita, pues de otra suerte ¿cómo podrá inspirar a sus educandos cariño y amor hacia ella? Este interés tiene que revelarse en el conocimiento perfecto de los aspectos más salientes de la vida

de esta sociedad. Desde este punto de vista, pues, no puede ser verdaderamente eficiente el maestro que no se preocupa por la marcha de la sociedad en donde vive y a quien no preocupan tampoco los acontecimientos de mundial importancia que la afectan.

Para resumir, quiero advertir a los maestros que en donde sí no me parece que hay injusticia alguna, es en asignarle a la educación escolar un programa tan vasto como la eficiencia social que superficialmente he bosquejado; a la escuela corresponde la mayor responsabilidad en el progreso o atraso social, por cuanto su deber es eminentemente educativo, y debe marchar, en consecuencia, no a la zaga, sino a la cabeza de todo progreso social y estar cada día mejor preparada para hacer frente a las nuevas exigencias sociales que la civilización trae consigo y que cada día van en aumento, y es deber de todo maestro observar detenidamente la sociedad en que vive y tratar de subsanar en la escuela las deficiencias que en ella encontrare, cosa que ninguno nunca conseguirá, ni siquiera muy remotamente, sin una consagración profunda a sus labores y un estudio constante e intenso de la ciencia de enseñar. En el Estado de Ohio de la República norteamericana, todos los maestros tienen que estudiar lo menos tres libros pedagógicos por año, que el Superintendente de educación escoge, y responder sobre ellos, por escrito, cierto número de preguntas cuyo principal objeto es ver si verdaderamente el maestro ha leído los libros. De más está decir que entre nosotros no existe esta disposición y como dije

al principio que mi propósito al leer este trabajo era más estimular que otra cosa, no quiero terminar sin recomendar la lectura de un librito intitulado "La Escuela y la Sociedad" escrito en inglés por John Dewey, uno de mis profesores de Pedagogía en la Universidad de Columbia, y traducido al español recientemente. Este librito puede adquirirse en la Librería de Barañano (Panamá) por la módica suma de setenta y cinco céntimos de balboa.

(*La Revista Nueva*, Panamá)

La escuela pública ha sido en el período histórico la primera iniciación de la vida social; el roce y frotamiento entre los diversos caracteres allí congregados deposita en el corazón y en la mente del niño las primeras semillas de las facultades sociales. Ahí tiene principio la simpatía y ahí empieza la lucha por la vida; en ella surgen los caracteres dominadores y en ella se forman los primeros hábitos de obediencia y disciplina. En ella debe inocularse también el germen del carácter viril que ha de desplegar después el hombre para su propia defensa, para la protección de la familia y para el sacrificio que algún día puede exigirle otro interés aún más elevado que llamamos con el sagrado nombre de Patria. En la escuela debe colocarse la primera piedra de la seguridad de la Nación.

SALVADOR CAMACHO ROLDAN

(Del libro *Escritos varios*, Bogotá—1892. Discurso leído en la Universidad Nacional el 10 de diciembre de 1882.)

A la Venus de Milo

Paganisme immortel, es-tu mort? On le dit.
Mais Pan, tout bas, s'en moque et la Sirene en rit.
SAINTE-BEUVE

Eglogue napolitaine.

Mármol sagrado! Oh diosa irresistible,
De angusto porte y como el alba pura!
Oh candor! Oh belleza! Oh armonía!
Blanca y serena madre de los Dioses,
Símbolo del amor y la alegría!

Tú no eres afrodita, en concha muelle
De azur los niveos pies posando, en tanto
Que en torno a tí se enlazan tentadoras
Las Gracias y los Juegos y las Horas.
Tú no eres Citerea enardecida
Que a Adonis con tus ósculos aromas,
Sin más testigos, en los libres bosques,
Que arrullantes torcazas y palomas.
Ni eres la Musa de elocuentes labios,
La casta Cipris, la Astarté liviana,
De países agreños y remotos,
Que ceñida de acantos y de rosas
De amor muere en real lecho de lotos.
¡No! Las Risas, las Gracias y los Juegos,
Ardientes de pasión, no te acompañan;
Tu cortejo lo forman las estrellas
En coro uncidas a tus ojos griegos.

Oh diuturna morada de la eterna
 Alegría, inmutable cual los mares,
 Nunca un sollozo conmovió tu seno,
 Jamás el duelo penetró en tus lares!
 Salve, cuando en la plácida ladera
 De Milo, al rosicler de la mañana,
 (Como en otra argentada playa un día),
 Férvida y candorosa y hechicera,
 Bajo una gruta rústica, te ofreces
 A Yorgos en radiante epifanía.
 Salve! A tu aspecto el alma se reposa:
 Envuelta apenas la cadera blanca,
 Grave y desnuda, caminar pareces,
 Y el mundo es tuyo, oh reina! oh dulce manca!

Islas, morada de los Dioses, glauco
 Archipiélago! Oh sacra madre Atenas!
 No haber nacido en tus dorados siglos,
 Al calor de tu sol y de tus hondas
 Cadencias inmortales de otros días,
 Bajo tu cielo azul, sobre tus ondas!
 Hoy la impura fealdad impera y triunfa:
 Joven sofista proscribió el jocundo
 Misterio de los seres y la vida,
 Cegó las fuentes del amor, e impío
 Hizo un valle de lágrimas del mundo!
 La Hélade encantada yace muda
 A la orilla de piélagos dormidos,
 Donde, en las tardes, viejos pescadores
 Sueñan apenas con los Dioses idos.

Mas, sólo eterna tú, santa Belleza,
 Eres, tú sola irradiarás en medio
 De la tragedia universal, tú sola
 —Con besos y caricias esculpida—
 Cuando el Caos entreabra sus profundos

Antros, giman los ejes del planeta,
Y se oscurezca el claro sol, tú sola
A tus plantas verás rodar los mundos!

CORNELIO HISPANO

(*El Gráfico*, Bogotá.)

La Venus de Milo

(Traducción de Jacinto Labaila.)

EL ojo humano no ha contemplado jamás formas tan perfectas como las de la Venus de Milo. Sus cabellos, negligentemente atados, ondulan como las ondas de un mar en reposo. Ligeras cintas de pelo recortan su frente, ni muy arriba ni muy abajo, haciéndonos concebir que es ella la morada de un pensamiento divino, único, inmutable. Sus ojos se hunden bajo la arcada profunda de las pestañas, que los cubren con su sombra y los dotan con la sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, ciega para el mundo exterior, retira de ella la luz para difundirla por todos los puntos de su ser. Su nariz se une a la frente por el contorno recto y puro que constituye la línea de la belleza. A su boca entreabierta y cruzada por los ángulos anima el claro-oscuro que proyecta sobre ella el labio superior, y exhala el soplo no interrumpido de la vida inmortal. El ligero movimiento de la boca acusa la redondez grandiosa de la barba, imperceptiblemente aplanada por debajo. Fluye la belleza de su cabeza divina y se esparce por todo el cuerpo como una claridad.

Su cuello no afecta las blandas inflexiones del cisne, con las que la estatuaria profana dota a sus Venus, y es recto, firme, casi redondo, como una columna que soporta un busto. Las estrechas espaldas desarrollan como contraste la armonía de su seno, digno como el de Helena, de servir de modelo para las copas del altar, seno dotado de virginidad eterna y en el que los catorce hijos de Niobe podrían beber sin alterar el contorno. Su torso ofrece los planos sencillos y cadenciosos que marcan las divisiones de la vida. Su pierna derecha doblada, por exigirlo así la posición artística de la diosa, prolonga su ondulación hasta el paño resbaladizo que la rodilla echa hacia adelante y deja caer en pliegues majestuosos.

La belleza sublime es la hermosura inefable. Únicamente sería digna de celebrar esa real Venus la lengua de Homero y de Sófoles: la grandeza del ritmo helénico podría sólo insinuar sus formas perfectas sin degradarlas.

PAUL DE SAINT-VICTOR

El alma del Arte

Durmiendo en una tumba de mirtos y de rosas,
encantada, escuchando las brisas rumorosas,
está la vieja Grecia, dorada por el sol.

Los céfiros aún ciñen coronas en su frente
y surge misteriosa cuando el mar, levemente,
suspira en el crepúsculo de un cielo tornasol.

Como un advenimiento de dicha y alegría,
vestida con los últimos resplandores del día
parece ataviada para volver a amar.

Sus fábulas la llenan de tentador misterio,
y finge melodías de un pagano salterio
el fragor con que estallan las olas de su mar.

El genio de los griegos abre sus alas mágicas;
Grecia, cuna del Arte, bajo las tintas trágicas
con que espira la tarde, parece revivir.

Los himnos ditirámicos resuenan añorantes
y al compás de las flautas, ménades y bacantes,
ante Baco ya empiezan a danzar y a reír.

Aún se escuchan las notas que Anfión arrancaba
a su lira de oro, cuando pueblos cruzaba
propagando las artes con su docta canción;

su lira que en Beocia se coronó de flores,
para que perdurasen su ecos redentores,
inmortal, dejó acaso en los aires su son.

Del Peneo en las márgenes, aún no están extenuados
los gritos que dió Apolo cuidando los ganados;
con ellos resucitan las leyendas de ayer.

Los olímpicos dioses parece que escondieron
los manes de los muertos, y pena les pusieron
de evocar sobre Grecia su pasado poder.

A la vez que el sol muere tras las verdes colinas,
 en tropeles escapan gritando las ondinas
 seguidas de centauros en carrera fugaz...

De las lejanas sombras de los bosques sagrados
 salen en un murmullo cánticos apagados,
 que ante el templo de Venus glorifican la paz.

El mar besa las rocas con música indolente;
 de Lesbos una queja misteriosa y doliente
 entre las ondas llega, con dejo de pasión.

Es la voz de la excelsa poetisa delirante,
 tal vez un verso sáfico que, perdido y errante,
 llorando balbucea el nombre de Faón.

Como una legendaria canción extraviada,
 aún lanza sus aullidos de guerra "La Iliada",
 y de Homero se escucha la palabra triunfal.

Y de Esquilo y de Sófocles las tragedias gloriosas
 a través de los siglos revuelan poderosas,
 envueltas en el manto de la fama inmortal.

Ictinos, en Eleusis, dirige con premura
 dos obras de valiosa y rara arquitectura:
 los viejos santuarios de Coré y Demeter.

Y la diosa Atenea, de marfil y de oro,
 sobre el templo erigida, cual singular tesoro,
 en su escudo de lumbré tiembla el sol al caer.

En Argos se reaniman los trabajos perdidos
 en aquellos talleres, por dioses protegidos,
 do salieron los genios de Fidias y Mirón.

¡Quién dijera que en tiempos de triunfos no lejanos,
 de Fidias y Pericles bajo las fuertes manos,
 como una maravilla surgiera el Partenón!

Ante el templo pagano de la Victoria Apta
 palpita una fecunda y eterna primavera,
 que las gradas alfombra de rosas y laurel;

y en las pálidas luces de la tarde bañado,
 parece que un artífice titán lo ha modelado
 en un inmenso y mágico y airmónico troquel

El teatro de Dionisio, vasta mole de piedra
donde prende sus brazos amorosos la hiedra,
ante los cielos se abre cual ancho tragaluz;
y cerca, los Propíleos, estrechos y apretados,
salvando en la colina los altos escarpados
se tienden cual un largo fantasma hecho de luz.

Más allá está la Acrópolis, soberana gigante,
que se eleva en la cumbre, triunfal, desafiante,
dominando orgullosa, llena de majestad;
admirable conjunto de inmensas proporciones
que cuajado de innúmeras y ricas creaciones
eleva hacia las nubes su compacta unidad.

¡Oh, Grecia soberana, la reina de los mundos!
Tú formaste los hijos más sabios y fecundos
que adornaron tu frente con palmas de laurel.

A ellos debes tu espíritu donde el Arte flamea,
que ellos te consagraron la madre de la idea.
Con Fidias nació Atenas a punta de cincel.

De Ti brotaron formas de un acabado estilo
cual la Venus de Médicis y la Venus de Milo,
esas dos maravillas, del mundo admiración;
en Ti nació la línea y en Ti nació la gracia
en los inimitables pliegues de Samotracia,
modelo sacrosanto de vida y expresión.

Tus templos más hermosos, tus estatuas más bellas
fueron como una ráfaga refulgente de estrellas
que adornaron el manto de tu noche sin fin;
y tu fama, tu gloria y tus sabios acentos
volaron en las alas sonoras de los vientos
como santa semilla, de confín a confín.

Aunque una vez sintieras en horribles momentos
la venganza de Sila sobre tus mounmentos
y el caer de Alarico por destruirte más,
tú vives ¡madre Grecial sobre todas las cosas,
pues dejaste cual huellas de tus plantas gloriosas
una sublime estela de inspiración detrás.

No acabaron las razas de despojar tus lares,
que aún gimen con nostalgia tus rumorosos mares
donde flota el espíritu de las glorias de ayer.

Tú fuiste alma del Arte, madre de la poesía,
maestra de la línea, doctora en armonía,
cátedra de los sabios y musa del taller.

En Ti latió el pagano corazón de una era;
Tú eres una fecunda y eterna sementera
que en los siglos prodigas los granos a raudal.

Tu manto lleva el timbre del soberano estilo;
sólo la incomparable maravilla de Milo
te consagró ante el mundo como madre inmortal.

.....
.....
Durmiendo en una tumba de mirtos y de rosas,
encantada, escuchando las brisas rumorosas,
está la vieja Grecia como en tiempos de ayer.

Y a la luz del crepúsculo que de sangre se enciende,
el desastre romántico de sus ruinas se extiende
con un raro misterio que la hace renacer.

¡Oh, Grecia!... Ya ¿qué queda de tus glorias pasadas?
¿dónde fueron tus diosas de laurel coronadas?
¿qué fueron de tus dulces imperios de ilusión?

¡Pasaron por tu suelo las plantas extranjeras,
y cayeron rodando las estatuas primeras
al tiempo que caía muerto tu corazón!

ANDRES BOLARIN

Tres grandes literatos rusos

"Estad, oh reyes, atentos a la verdad:
Ni castigos ni recompensas,
Ni las tinieblas de los calabozos, ni los altares,
Son murallas seguras para vosotros.
Sed los primeros en inclinaros
A la protección firme de la ley,
Y el trono tendrá su salvaguardia
En la libertad y la paz de los pueblos."

A. PUSCHKIN

(*Oda a la Libertad*, 1820)

...La verdadera fuerza de Púschkin consiste en haber creado en pocos años, un nuevo lenguaje literario, libertándolo de ese pomposo estilo teatral que antes se consideraba necesario para todo cuanto se imprimía. Fué grande por su estupendo poder de creación poética, por su capacidad para asir las cosas vulgares de la vida diaria, o los más comunes sentimientos de los seres más ordinarios, y relatarlos de modo que el lector los viviera; y por el de construir, por otra parte, con materiales escasos, y dar vida a toda una época histórica; poder de creación que, de cuantos tras él vinieron, sólo Tolstoy tuvo en tan alto grado. La fuerza de Púschkin venía directa-

mente de su profundo realismo, de ese realismo, entendiéndolo en el sentido mejor, que él fué el primero que introdujo en Rusia y que más adelante llegó a ser característico de toda la literatura rusa. Y estriba en el hondo sentimiento humanitario de que están impregnados sus mejores escritos, en su entusiasta amor a la vida, en su respeto a la mujer. En cuanto a belleza de forma, son sus versos tan "fáciles" que se quedan en la memoria en cuanto se han leído dos o tres veces. Han penetrado en las aldeas y son hoy deleite de millones de niños del campo, después de haber hecho las delicias de poetas tan refinados y filosóficos como Turguénef.

P. KROPOTKIN

(*Russian literature: Ideals and realities.*)

"Estoy convencido de que el carácter de la futura actividad rusa tendrá que ser en grado sumo pan-humano; de que la idea rusa ha de ser, quizá, la síntesis de todas las ideas que Europa va desarrollando con tanta perseverancia y valor en sus diversas nacionalidades".

T. DOSTOYEVSKY

(*Correspondencia*)

El mundo de la conciencia profunda tiene faz de ensueño, y hasta de locura, cuando ocurre, con Dostoyévsky, que los seres vivos expían el eco de su propio canto, para dar en

ella un eco más lejano aún; cuando analizan sus pasiones, por sí mismos, y llegan a tener, al fin, conciencia de su conciencia.

En Stendhal, por ser intelectual del todo ese maravilloso análisis, hasta cuando el héroe se presta oído a sí mismo, siempre se ve detrás al más inteligente de los hombres que está allí escuchando. Todo es claridad, todo es orden, todo es espíritu. En Dostoyévsky, las pasiones son quien se apasiona y se devora, persiguiéndose a sí mismas, contemplándose, haciéndose sentir. Todo toma, desde aquel punto, carácter de ensueño o de locura. Pero ese mundo de locura es la esfera de una realidad suprema. La locura es el ensueño de uno solo. La razón es, sin duda, la locura de todos. Aquí se da a conocer la grandeza de Dostoyévsky: está en el ensueño de la conciencia, como Shakespeare mismo y sólo Shakespeare, con sólo Rembrandt. Estas son las cumbres de la conciencia y del análisis, semejantes a las más altas montañas de la tierra, en que, como ellas, bordean la orilla de las mayores profundidades. Cumbres que no ocultan otras dos o tres cimas, Dostoyévsky entre ellas.

ANDRE SUARES

(*Trois hommes.*)

"Creo que en esta hora precisa comienza la gran revolución, que hace dos mil años se prepara en el mundo cristiano, la revolución que ha de sustituir al cristianismo corrompido y al régimen de dominación que en él se origina, el verdadero cristianismo, base de la igualdad entre los hombres y de la verdadera libertad a que aspiran todos los seres dotados de razón."

L. TOLSTOY

(El fin de un mundo.)

Tolstoy vivió primero, escribió después y ahora saca la enseñanza moral de su carrera de hombre y de su carrera de escritor, trabajando sobre la vida misma, mejor que sobre una pintura de la vida. Su actitud final es la postdata que añade una conclusión a sus novelas. Como novelista se aproximó a la vida actual, al polvo de la existencia, más que ningún otro novelista; así "Ana Karenina" es acaso más dolorosa en la lectura que ninguna otra novela. Nos da el cuerpo y el alma, y nos da también las vestiduras de la vida, la sociedad. No hay en ella ninguno de los disfraces del novelista de estilo o del novelista de tesis. Tan real es, que parece hablarnos desde el fondo de nuestros propios corazones y de nuestra propia experiencia. Y es tan real, porque es obra de un hombre para quien la vida es más significativa que pa-

ra cualquier otro novelista. Por eso el paso final, el paso a que todo novelista, si a tanto llega, puede verse impelido por la mera lógica de los hechos, es para él más fácil, más inevitable, que para cualquier otro. El novelista, más que todos los demás artistas, tiene con la vida relación directa. Tiene que atisbar las pasiones que laboran en el mundo, el naufragio de los ideales, la acción de la sociedad en el hombre y del hombre en la sociedad. Cuando se cansa de considerar todo esto con ojos desapasionados de artista, empieza a preocuparse de sí mismo, a causa de ello, muy dolorosamente, y se hace moralista. Quizá lo ha sido ya, y entonces se hace reformador.

ARTHUR SYMONS

(*Studies in prose and verse.*)

Virgilio

(*Versión de Fernando Maristany.*)

Juan, el Evangelista, y el pintor Rafael,
 esos dos mensajeros del puro amor sagrado,
 un hermano en Jesús tienen que es digno de El,
 aunque nació gentil y no fué bautizado.
 Es Virgilio, del cual la adorable dulzura
 hermaniza las almas en un perpetuo idilio;
 así, pues, rodeando la Sagrada Escritura
 inscribid esos nombres: Juan, Rafael, Virgilio:
 el ferviente discípulo, del contorno el pintor,
 y el poeta inspirado que adivinó el amor.

AUGUSTO BRIZEUX

Los romances

Romances, viejos romances, centenarios romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis olvidado en tanto que la voz os cantaba? A lo largo de vuestros versos se nos aparece la España de siglos.

Entre todos los romances amamos los más breves. Son estos romances a manera de una canción que se comienza y no se acaba; algo ha venido a hacer enmudecer al autor; algo que no sabemos lo que es, y que puede ser fausto o trágico. Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido, ¿qué hubiera podido ser y a dónde hubiera podido llegar? Estos romances breves reflejan un minuto de una vida, un instante fugitivo, un momento en que un estado de alma que comienza a mostrársenos, no acaba de mostrársenos. Tienen la atracción profunda de un hombre con quien hemos charlado un momento, sin conocerle, en una estación, en una antesala y a quien no volvemos a ver; o el encanto, inquietante y misterioso, de una de esas mujeres que, no siendo hermosas, durante unas horas de viaje comenzamos a encontrarles una belleza apacible. "Callad", que ya durante tiempo, desaparecida esa mujer en el remolino de la vida, ha de quedar en nuestra alma como un reguero luminoso.

AZORIN.

Marko Kralievitch y el Bey Kostadin

POESIA SERVIA

Dos comarcanos cabalgaban uno al lado del otro: eran el bey Kostadin y Marko Kralievitch.

El bey dijo a Marko:

—Hermano, ven a mi casa, el día de San Dimi- tri, patrono de mi familia. Y verás una hermosa fiesta y un magnífico regalo, y una soberbia recep- ción y maravillosos banquetes.

Pero Marko Kralievitch le respondió:

—Bey, no te vanaglories de tu recepción. Estu- ve ya en tu casa, por el otoño, el día de San Dimi- tri, patrono de tu familia, cuando buscaba a mi hermano Andrés. He visto tu manera de tratar y he sido testigo de tres actos de inhumanidad.

—Marko Kralievitch, hermano mío,—respon- dió el bey Kostadin,—¿de qué actos de inhumani- dad quieres hablar?

—Hermano,—replicó el Kralievitch, lo primero que ví fué que llegaron dos indigentes pidiendo por alimento pan blanco y como bebida vino rojo, y tú les dijiste: “Fuera de aquí, vil desprecio, no vengáis a ensuciar mi vino delante de estos se- ñores!”

Bey, yo sentí compasión por estos indigentes: los llamé, los conduje al bazar, los hice comer pan blanco y beber vino rojo. Les hice enseguida cor-

tar vestidos de lindo escarlata y de verde seda, y los llevé de nuevo a tu casa, en tanto yo quedaba apartado, examinando cómo esta vez los recibirías. Tomaste entonces a los dos indigentes, a uno por la mano diestra y al otro por la izquierda mano, los condujiste a la casa e hiciste que se sentaran, diciéndoles: "¡Comed y bebed, mis jóvenes señores!"

El segundo acto de inhumanidad, Bey, hélo aquí: se hallaban allí ancianos gentilhombres que habían perdido sus bienes y vestían de escarlata usado: los pusiste en el último extremo de la mesa, en tanto que colocaste en los lugares de preferencia a los flamantes señores que allí estaban, y que, habiendo adquirido recientemente sus bienes, lucían vestidos nuevos: les servías el vino y la "rakia", y los tratabas con distinción.

El tercer acto de inhumanidad que he visto, Bey, es que teniendo tu padre y tu madre, ninguno de los dos se hallaba en la mesa para beber la primera copa de vino.

LEO D'ORFER

(*La Nota*, Buenos Aires.)

Hay seres débiles moralmente que viven siempre buscando el apoyo de los demás, sin la ayuda de los cuales no se siente con valor de vivir. Esto es un defecto de la educación, que es susceptible de corregirse en los primeros años de la vida. La salvación de estos presuntos desgraciados es el hábito del trabajo. El trabajo es el redentor de la humanidad.

MANUEL QUIJANO HERNANDEZ.

Tierra nativa

Te reclaman los versos perfumados
por los fértiles musgos de tus lomas,
rapazuelo feliz que en tus collados
se embriaga del sol y los aromas.

De tu plácida y rústica balleza
en mí vaga la nota peregrina,
como suena, del bosque en la tristeza,
la llorosa dulzaina campesina.

Desde el pobre dintel de la cabaña
torno avaro los ojos, y risueños,
en la cúpula azul de la montaña
cual de niño, me llaman los ensueños.

¡Ah! Fué insana pasión abandonarte,
deleitosa montaña bendecida,
grave cerco y altísimo baluarte
al ameno cortijo de mi vida.

Abismabas mi ser en tu grandeza,
regalabas mis ocios en tu alfombra,
a mi numen supremo, la belleza,
dabas pródigo abrigo con tu sombra.

Hoy el sueño ternísimo me inquieta
de esconder en tu seno mis amores,
de cantar los deliquios del poeta
en el fácil decir de los pastores.

Los últimos azahares

Los naranjos y limoneros salpicaban sus oscuros follajes con innumerables azahares que brillaban en los rayos de la luna. Corría un airecillo blando cargado con el perfume de las flores y con el sociego de la noche clara. Nuestros corazones, a semejanza de las arañas diligentes, tejían un hermoso juicio sobre la vida, que brillaba como las frágiles redes de plata de las arañas que hilan.

Cientos de pájaros ocultos dormían en las espesas copas, que estremecían con ligeros sobresaltos. Sólo un naranjo, el más viejo de todos, estaba solitario. Dos años antes, era el preferido de las aves y el que recibía más alabanzas de nuestros amigos que admiraban un ejemplar tan soberbio. Era, entonces, el más hermoso; pero no el que producía el mayor número de naranjas doradas. Pero una oculta enfermedad hizo que amarilleasen sus hojas y, pronto, unas tras las otras, se desprendieron, como jilgueros heridos, que buscaban las altas yerbas para esconderse y morir.

Cuando llegó la primavera de ese año, el viejo naranjo, que siempre fué avaro de azahares, se llenó de ellos como de buenos propósitos; pero sus fuerzas disminuían, y muy pocos se tornaron

en naranjas pequeñas, que los niños codiciaban en sus juegos.

Anoche me he acercado a él, y bajo la luz de la luna, desnudo de hojas y cubierto de azahares, parecía nevado con una nieve ligera y perfumada.

Ah! pero no me engañas, viejo mío. Vi que tus azahares se desprendían al paso de la brisa más ligera. Ninguno de ellos fructificará.

Vi a los pequeños líquenes y a los musgos dorados crecer sobre tu cuerpo altivo, como crecen las yerbas sobre la tierra. Ninguno de los azahares fructificará. Son demasiado numerosos para tus fuerzas escasas, que desprecian los pájaros que duermen y que chupan miriadas de piojillos inmóviles.

Ah! viejo mío; hubiese sido deseable diseminar, en el transcurso de los años idos, esta abundancia de azahares. Pero ya es imposible. Sobran los buenos propósitos, nacidos ante la proximidad de la muerte, porque cuando a ésta ya se la divisa, llega demasiado pronto...

PEDRO PRADO

(De *La casa abandonada*.)

En el Ejército permanente en tiempo de paz el pueblo ve una amenaza a su tranquilidad pública, puesto que es un exponente de la desconfianza que de la Nación tiene el Jefe del Ejecutivo.

ANIBAL GALINDO.

El juicio final

El alma ha abandonado al cuerpo. Un ángel la ha tomado consigo y la ha llevado a un lugar desierto, gris y triste. Una voz ha atravesado la bruma gris que por doquiera se extendía y ha dicho: *¡Júzgate!*

Y delante del alma se ha puesto a correr un río, y el agua no era otra cosa que lágrimas, pero con haber lágrimas nada más, el agua era turbia. Y el ángel ha dicho:—*Mira: esas son las lágrimas que hiciste correr mientras estabas sobre la tierra.* Y el alma ha contestado: *Tienes razón; pero mis lágrimas corren también, mezcladas a esas lágrimas.*

Y tres veces el ángel se ha hecho oír y tres veces el alma ha respondido.

De pronto, el agua se ha tornado límpida como el cristal, y muy profunda. Entonces ha dicho el ángel:—*Son las lágrimas de tu madre.* Y el alma, ocultándose el rostro, ha respondido:—*Hé ahí mi pecado, porque las mías no están mezcladas a ellas.*

La sombra

Ella marcha siempre detrás del hombre y no lo abandona nunca, ni en la noche ni en el día.

Frecuentemente el hombre la mira, pero sin verla, de la misma manera como ya no volvemos a ver los árboles que vegetan delante de la casa donde hace tiempo habitamos, y como no se ven los transeuntes en la calle cuando nos absorbe un pensamiento.

Pero la sombra está siempre detrás del hombre, a toda hora, en todo lugar: cuando todavía no es sino un niño de pecho; cuando apriñando entre sus brazos una mujer amada, busca en sus ojos semi-cerrados el pudor, y lo que es más potente que el pudor, la pasión; cuando mirando la yerba primaveral piensa que quizá la primavera próxima esparcirá la yerva sobre su tumba.

Y, ya sea en el día o por la noche, siempre y por doquiera, esa sombra sigue tras el hombre, más fiel que el deseo de la dicha, fiel como la soledad. Esa sombra..... es la muerte.

KASIMIERS-PZERWA-TETMAJER.

Mujer blanca

*Thymo mihi dulcior Hiblæ
candidior cycus, hæder a formosior alba.*

VIRGILIO

Oh, mujer blanca!
Ataviada de luna
está tu desnudez, como ninguna
soberana lo está sobre la tierra!

Sobre tu espalda la melena bruna
es la tumultuosa
cascada del Placer y de la Muerte
que en los hielos se estanca.
Mujer como una reina fabulosa
de nébula y de sol, columna fuerte
y blanca de la Vida: mujer blanca!

Oh, mujer blanca!
Dos colinas de nardos son tus senos;
de tus senos arranca
una fuente invisible de venenos
vertiginosos, que a los nervios lleva
la embriaguez voluptuosa de las simas.

Dos colinas de nardos son tus senos
balsámicos... Tus senos colombinos,
dos colinas... Y se abren en sus simas
dos miríficos lagos
de los más fieros y sangrientos vinos!

Dame tus brazos, ríos
lácteos y trémulos!
Hondos ríos de amor en que bullen
las corrientes cerúleas de tus venas.

Dáme tus brazos, émulos
de los que fueron de la Venus Manca,
florecidas e idílicas cadenas
para apresar la noche de tus besos,
mujer, oh mujer blanca!

LEOPOLDO DE LA ROSA

Canción maternal

Hijo mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas habrán de separarse y nuestro amor se olvidará. ¿Qué te daría yo para que no te fueras? ¡Ay! pero ¿seré tan tonta que intente comprarte el corazón con regalos?

Tu vida empieza; es largo tu camino; de un sorbo apuras el cariño que te damos, y vuelves a irte corriendo del lado nuestro.

Tienes tus juegos y tus amigos y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.

Nuestra vejez, en cambio, es tan ociosa! tenemos tantas horas para contar los días que cayeron y para amar en nuestro corazón lo que siempre se fué de nuestras manos! El río alegre rompe todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda y lo sigue con su amor.

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos brazos del amor. Te tocará

en la frente cual un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente, te cercará para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable. Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción será sobre tu cabeza como una estrella fiel.

Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas.

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

RABINDRANATH TAGORE

El Jabalí y el Gamo

Aguzando mañoso los colmillos contra un robusto pino el Jabalí, interrogó el Gamo: — "Hola! ¿qué piensas? No hay qué temer; ¿por qué afanarte así?"

Si estuviera a la vista el oso, el lobo, entonces santo y bueno: hay para qué; pero entre tanto pasarás por necio y haces reír a todo el que te ve".

— "El necio serás tú, responde el otro. Ahora es la ocasión, más tarde nó; cuando aparezca el lobo y me acometa, ¿qué tiempo para armarme tendré yo?"

Tál obra el sabio: para todo evento muy de antemano se prepara bien, y no aguarda imprudente a que ya listos los enemigos a su puerta estén.

RAFAEL POMBO

La lectora

EN el saloncito del castillo, sentada cerca de una ventana abierta sobre el parque, la señora de Brange bordaba mientras que su dama de compañía le hacía la lectura. Escuchaba distraídamente. Una inquietud pliegaba su frente bajo las cortinas correctas de sus cabellos grises.

—Señorita María... dijo ella al fin.

La lectura se interrumpió.

“Tengo una cosa que decirle... Sí... un... servicio que pedirle... y se lo pido, esté segura, porque tengo de usted la más alta estima por sus cualidades de corazón, de tacto, de discreción”....

La señora hizo una pausa. La lectora era una persona de veintiséis a veintiocho años, rubia, de faz borrosa, ojos apacibles, porte reservado. Ella murmuró un agradecimiento y escuchó atentamente. “Hé aquí de lo que se trata, continuó la vieja dama, quien hablaba pausadamente pero buscando un poco las palabras. Usted sabe que mi hijo Roberto ha sido herido... gravemente herido en el brazo derecho... y, sobre todo, en el rostro. Está ca-

si desfigurado... La palabra es dura, agregó, a la vez que su rostro se le contraía por una crispatura nerviosa; mi pobre hijo tiene una profunda cicatriz... Yo estoy segura que eso desaparecerá dentro de algunos meses, pero Roberto no lo cree así... Tiene un carácter impresionable, una sensibilidad extrema... y es quizás por mi culpa, porque fuí yo quien lo crié... Mas eso no impide ser valiente y él ha probado que lo es... Ahora el pobre muchacho cree que su vida ha terminado... Estaba de novio, usted lo sabe, con la hija del señor Tavanne, nuestro vecino allá en la ciudad. La quiere profundamente y está persuadido que él no puede volverla a ver... No quiero presentarme ante Susana en el estado en que estoy, me ha dicho. Yo sé que ella fingirá por deber el ser conmigo la misma de antes, pero no quiero su compasión... Prefiero no verla nunca más. Cuando me mejore regresaré a la línea de batalla, y en esta vez”...

La voz de la señora de Brange se ahogó en un sollozo.

“Si él parte en este estado de ánimo, estoy segura que lo perderé para siempre... Y es por eso, señorita María, que le suplico que... que se interese por mi hijo, quien va a llegar aquí mañana... Compréndame bien. Le pido una simple obra de caridad que no puede prestarse a crítica alguna. Precisa devolverle la confianza en él mismo, probarle que no es, como

lo cree, un objeto de piedad. Roberto es de una gran rectitud y esté convencida que no verá en el interés que usted tendrá a bien testimoniarle sino una camaradería espontánea, y, talvez, un poquito de coquetería sin ninguna consecuencia, lo que le causará extrañeza y le mostrará que debe reanimarse.... Yo sé que su novia no variará, porque lo ama muy sinceramente.... Pero Roberto tiene necesidad de ser persuadido que él puede placer y que una joven puede interesarse por él.... Yo sé que usted es bondadosa, señorita, y mi hijo, se lo aseguro, es un desgraciado”....

La vieja dama se tuvo. María, con los ojos bajos, vacilaba. Sola en el mundo y al servicio de los otros desde hacía ocho años, después de una adolescencia triste en un pobre colegio de pensionarias, no había conocido nunca otra existencia que la de institutriz, ode dama de compañía, presenciando la vida, el lujo, la riqueza sin tomar en ello parte, y pasando, sin afección ni pesar, de familia en familia.—Trataré, señora, balbuceó ella, no osando rehusar y sorprendida de que la tuvieran en cuenta para demandarle tal cosa.

Al siguiente día llegó Roberto de Brange, y María lo vió a la hora del almuerzo. Ambos se sonrojaron: ella, porque sabía el papel que tenía que desempeñar, y él, porque cualquiera mirada extraña lo avergonzaba a causa de su herida. Pero María no encontraba la heri-

da tan horrible de aspecto como se la había imaginado, y los ojos de Roberto le parecían verdaderamente bellos. Después del almuerzo él se fué a su cuarto, y por la tarde María principió a desempeñar su comisión como mejor pudo. Dos días después charlaban como buenos camaradas.

Su amistad creció prontamente, y la señora de Brange, feliz, veía la reanimación de su hijo. María también había cambiado: hablaba y sonreía con una sonrisa que dejaba ver que ella podía ser linda bajo la máscara habitual de su reserva profesional. Por instantes dejaba de pensar en que ella era una lectora asalariada y entonces parecía que era también una mujer. Roberto, sin segunda intención, dejábase arrullar por el encanto de esa atención femenina, de esa camaradería dulce y franca.

Así pasaron quince días, y entonces la señora de Brange creyó prudente escribir al señor Tavanne.

Al fin de la semana llegó la familia Tavanne: el padre, serio y solemne; un muchacho bullicioso y Susana.

María vió un lindo rostro delicado, unos cabellos negros de grandes bucles, unos ojos enormes y claros, un talle flexible.

Roberto recibió a la señorita Tavanne con una frialdad cortés y solamente al lado de la lectora encontró su soltura y su amabilidad.

Por la tarde, la señora de Brange, que se encontraba en el salón con María, rogó a ésta que fuera a avisar a sus huéspedes que el té estaba servido.

María descendió al parque, y no viendo a nadie, dió algunos pasos entre la arboleda. De repente oyó dos voces al través del enramaje de unos arbustos.

—Sí....sí....Susana, es por eso, se lo juro, decía Roberto....Yo no tengo el derecho de exigir a usted....

Y la voz un poco temblorosa de Susana respondió:

—Pero usted está loco....Si eso no se ve.... Ha hecho muy mal en haberme dejado creer que ya no me amaba, que pensaba únicamente en esa señorita María....

Las voces se fundieron en un murmullo feliz. María regresó al salón.

El señor Roberto y la señorita Susana tan juntos en el jardín, dijo ella, respondiendo a una pregunta de la señora de Brange.

A pesar de sus esfuerzos, la voz de María estaba ahogada. La señora de Brange la vió tan pálida, que todo lo comprendió y se conmovió hondamente.

—Mi pobre niña.... comenzó ella.

—¿Desea que principie la lectura de esta tarde, señora? dijo María, interrumpiéndola.

María había tomado su tono helado de an-

tes. Tenía vergüenza de su sufrimiento. Pensaba que ella había nacido para ver vivir a los demás y que había sido bien tonta al olvidar eso durante quince días.

FREDERIC BOUTET

Palabra y silencio

Haz silencio en tu pensamiento y lo habrá en tu boca; hazlo en tu imaginación, y tus miradas serán silenciosas.

Tienes que aventurarte a salir de tí mismo, si has de vivir humana vida. Sal en buena hora pero no te ausentes demasiado, no te pierdas de vista jamás. Vive en presencia de tí mismo y, sobre todo, en presencia del Señor, tu Dios. Haz centinela en tu pensamiento, ten a raya tu fantasía, no la dejes sola con el Deseo, no sea que conciba creaturas locas que te deshonren. Ten siempre luz encendida en tu corazón, para que los deseos no se formen en la oscuridad, como hombres venenosos.

Y entonces, habla a tus hermanos según tu carácter.

Que solo el silencio es grande; lo es incomparablemente más la palabra vigilante y bien nacida.

ZORRILLA DE SAN MARTIN